

**José Ruiz-Castillo,
editor de la Edad de Plata (1910-1945)**

RAQUEL SÁNCHEZ GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid

La circulación de las ideas requiere dos procesos principales: uno de ellos estriba en la creación de los contenidos y el otro en la recepción de los mismos. Sin embargo, entre ambos momentos se sitúa un elemento de primordial importancia, a menudo escasamente valorado, que es el canal de comunicación entre los dos procesos mencionados. Si trasladamos esta observación al mundo del libro, comprobaremos que a los autores corresponde, evidentemente, la elaboración de las obras y al público lector la acogida de las mismas. El intermediario que pone en contacto ambas entidades es el editor, que de este modo constituiría un elemento esencial para la difusión de las ideas. Su importancia viene dada por el hecho de que, hasta la aparición de las recientes tecnologías de la información, era el editor quien decidía, en última instancia, qué es lo que se iba a dar a conocer al público. Para los editores, la decisión de publicar suponía una inversión económica en la que habían de barajarse consideraciones de tipo monetario con otras de carácter intelectual. En el caso que nos ocupa, el editor José Ruiz-Castillo, la publicación de obras con una cierta calidad intelectual se convirtió en una señal de distinción, sin olvidar, por supuesto, la rentabilidad económica, base de la continuidad de cualquier empresa. Ruiz-Castillo dirigió la editorial Biblioteca Nueva hasta el año de su muerte, 1945, momento en que sus hijos se encargaron de la gestión. Su trato con las figuras más destacables de la llamada Edad de Plata le hace especialmente interesante para el análisis sociocultural de aquel momento tan brillante en la literatura española¹.

¹ Desde un punto de vista familiar, para conocer la figura de José Ruiz-Castillo disponemos del libro escrito por su hijo José Ruiz-Castillo Basala *Memorias de un editor. El apasionante mundo del libro*, varias ediciones (aquí se ha utilizado la quinta edición de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid 1986). El presente trabajo forma parte de un estudio sobre el mundo editorial y literario en Madrid (1900-1931) para el cual la autora ha recibido una beca postdoctoral financiada por la Comunidad de Madrid y la Unión Europea. Dicho estudio se encuadra en el proyecto de investigación "Historia de la edición española contemporánea, 1836-1936", dirigido

Los inicios: la Editorial Renacimiento

José Ruiz-Castillo procedía de orígenes humildes y desde muy joven había trabajado en distintos oficios que le fueron preparando para afrontar lo que en un futuro sería su profesión. Su afición a las letras se trasladó, ante sus necesidades económicas, a las tertulias nocturnas en los cafés madrileños, donde conoció a Gregorio Martínez Sierra, quien sería su amigo e introductor en el mundo literario. Por medio de Martínez Sierra, Ruiz-Castillo colaboró en diversas y efímeras publicaciones entre los años que van desde finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Además, poco a poco fue desarrollando un gusto literario y ensayístico que le sería de gran utilidad en su actividad como editor, y que complementó su capacidad para la gestión económica. La frecuentación de la redacción de una de las revistas más famosas de aquella época, *Helios*, le permitió conocer los autores más novedosos del momento. Lo mismo sucedió en otra de ellas, *Renacimiento*, que sería el origen de la editorial del mismo nombre.

La 'Biblioteca Renacimiento' nació en 1910 gracias a las aportaciones económicas de Victorino Prieto. Gregorio Martínez Sierra se ocupó de la dirección estética y José Ruiz-Castillo de la gestión administrativa y financiera. El objetivo era constituir una empresa editorial que renovase las formas de fabricación, la selección de originales, la distribución, el trato con los autores y que estuviese al tanto de las innovaciones que llegaban del extranjero. No trataban los gestores de la empresa de ser el punto de mira de las elites intelectuales del país, sino que buscaban crearse un público relativamente amplio para poder hacerse con una parte importante del mercado nacional. En la transformación del sector editorial que se vivió durante el primer tercio del siglo XX, la captación de un público cada vez más extenso (público que se había ido ampliando con el lento avance de la alfabetización) se había convertido en la clave del mantenimiento de los negocios editoriales. Las grandes tiradas y los bajos precios fueron la clave de esta transformación que buscaba en la capitalización de las empresas la solidez futura de las mismas. Renacimiento también se propuso captar los mercados americanos, para lo cual Ruiz-Castillo emprendió un viaje por Argentina y Chile acompañado por la principal estrella de la editorial: Felipe Trigo. Otros de los autores publicados por Renacimiento fueron los hermanos Machado, Manuel Bueno, Juan Ramón Jiménez, Moreno Villa, Azorín, Benavente, Ricardo León, Baroja, Galdós, Insúa, etcétera. Con todos ellos, la editorial trató de celebrar contratos que les otorgaban unos derechos de autor más elevados de lo que era común en la época; además, en los casos más rentables, se asignaron a escritores como Alberto Insúa o Felipe Trigo unas cantidades mensuales en concepto de anticipo de derechos de

autor². La crisis económica que sucedió a la Primera Guerra Mundial en los países americanos dio al traste con la empresa tal y como había sido concebida por Prieto, Ruiz-Castillo y Martínez Sierra, por lo que disolvieron su sociedad y pasaron la empresa a otros gestores. Pese a todo, Renacimiento sentó precedentes de lo que en pocos años llegó a ser el moderno sector editorial español³.

Un proyecto propio: Biblioteca Nueva

Tras abandonar Renacimiento, José Ruiz-Castillo colaboró como director administrativo en la revista *España. Semanario de la vida nacional*, fundado por Ortega y Gasset en 1914. Se reforzó entonces una amistad que había nacido en la redacción de *Helios* y que sería fundamental para la futura editorial de Ruiz-Castillo, pues en la persona de Ortega encontró nuestro protagonista a uno de sus principales asesores, especialmente en materia ensayística. Sin embargo, el proyecto orteguiano no estaba dando los resultados buscados por su impulsor, de ahí que se decidiera a renunciar a la dirección de la revista, dejándola en manos de otros miembros de la redacción como Luis Araquistáin, quienes mantenían otra visión acerca de la transformación de la sociedad española. Ruiz-Castillo también renunció a su puesto en el semanario acompañando a Ortega en su dimisión. Posteriormente, y tras desempeñar otros empleos, le llegó a Ruiz-Castillo el momento de iniciar su propio proyecto empresarial. Para ello contó con la ayuda del impresor Juan Pueyo, quien también sería el artífice del lanzamiento de otro gran editor: Manuel Aguilar⁴. Pueyo le proporcionó papel a crédito para imprimir sus primeras obras en los talleres que el impresor poseía en la madrileña calle de la Luna. El primer libro publicado por Ruiz-Castillo apareció en 1916, aunque no con el nombre de la editorial Biblioteca Nueva, sino con el de los talleres de Pueyo. Dicho libro fue *El secreto de Cervantes*, que recogía la polémica suscitada meses atrás en las páginas de *El Imparcial* acerca de unos supuestos documentos anónimos sobre el autor del Quijote⁵.

Una vez iniciada la nueva empresa, Ruiz-Castillo decidió dedicarse con especial interés a la edición de ensayos y de recopilaciones de artículos periodísti-

² Alberto Insúa, *Memorias*, Editorial Tesoro, Madrid 1952, vol. I, p. 537 y Antonio Palau y Dulcet, *Memorias de un librero catalán, 1867-1935*, Librería Catalonia, Barcelona, p. 545.

³ Véase *Catálogo de Editorial Renacimiento*, Madrid 1915 con ilustraciones de Bagaría. Reeditado por El Crotalón (Madrid 1984) con un estudio introductorio a cargo de J.C. Mainer.

⁴ Manuel Aguilar, *Una experiencia editorial*, Editorial Aguilar, Madrid 1972, vol. II, pp. 617-619.

⁵ El libro recogía los artículos publicados en dicho periódico por expertos cervantistas en contestación a las declaraciones de Atanasio Rivero que afirmaba haber descubierto a los falsos autores del Quijote de Avellaneda y que decía disponer de unas supuestas memorias inéditas de Cervantes.

cos, pues el mercado de la novela estaba demasiado copado por otros negocios editoriales con mayor experiencia. De este modo comenzaron a aparecer las obras primeras de Biblioteca Nueva: *Las gafas del diablo*, de Fernández Flórez, *Un año de teatro*, de Manuel Machado, *Verba* de Gabriel Alomar, *El espíritu ambulante*, de José María Salaverría o *Un año en el otro mundo*, de Julio Camba. El libro que más fama daría a su editor fue *Antonio Maura. Treinta y cinco años de vida pública: ideas políticas de gobierno y campañas publicitarias*, que constaba de una selección de discursos parlamentarios de Antonio Maura acerca de distintos temas de actualidad política. La recolección la llevó a cabo el mismo Ruiz-Castillo y su objetivo era mostrar las ideas políticas de alguien a quien él admiraba tratando de presentar al público el pensamiento de Maura más allá de las simplificaciones que del mismo hacía la prensa⁶. En la misma línea estuvieron los libros de Álvaro de Albornoz *El partido republicano: las doctrinas republicanas en España y sus hombres* (1920) y de Juan José Morato *El partido socialista: génesis-doctrina-hombres-desarrollo-acción-estado-actual*. La acogida de estas primeras publicaciones fue bastante favorable, por lo que pronto la editorial empezó a marchar con seguridad, como señalaba el propio Ruiz-Castillo a José María Salaverría: “Los negocios no me van mal puesto que vivimos y ya empezamos a ver claro. Tengo en prensa la segunda edición de Maura, y lo demás, aunque mucho más despacio, va vendiéndose también. Lo peor es que los cobros tardan siempre mucho más de lo que consienten las necesidades. Baste decirle que estando vendida la primera edición de Maura, no he cobrado a estas horas ni la mitad de las ventas de Madrid, y de provincias ni un céntimo”⁷.

A partir de 1921, Biblioteca Nueva entró en una senda de aciertos que le llevó a consolidarse, lenta aunque progresivamente, en el mercado editorial español. Varios fueron los factores que influyeron en este éxito. Uno de estos factores fue la publicación de las obras completas de Freud, por recomendación de José Ortega y Gasset. Más adelante se hablará de ello. Por otra parte, los problemas de las editoriales con la Sociedad General de la Librería (S.G.E.L.) forzaron a Biblioteca Nueva a renovar su capacidad para la distribución. Además, la nómina de colaboradores se amplió considerablemente. Los talleres de Pueyo se hicieron pequeños para el aumento de su producción, por lo que hubo de recurrir a otros impresores como la rotativa de *El Adelantado de Segovia*, los talleres de los Sucesores de Rivadeneyra, de Espasa-Calpe, del Sindicato Libre de Artes Gráficas, etc. Por lo que respecta a las ilustraciones, Ruiz-Castillo contó con un dibujante casi habitual: Fernando Marco, quien realizó la mayor parte de las portadas. Marco había trabajado con anterioridad para Renacimiento; posteriormente, ya en Biblioteca Nueva, Marco se encargó de adaptar las sencillas portadas iniciales de los primeros libros de la editorial de Ruiz-Castillo a las tendencias cartelísticas que a partir

⁶ *Antonio Maura. Treinta y cinco años de vida pública*, Biblioteca Nueva, Madrid 1917, p. 9.

⁷ Biblioteca Nacional, Mss. 22602¹²³, carta fechada en Madrid el 29 de agosto de 1917.

de la década de los veinte predominaban en el mundo de las artes gráficas⁸. La calidad de los traductores fue otro de los factores que influyó en la aceptación de los libros de Biblioteca Nueva. En líneas generales, se podría decir que la traducción había supuesto una salida económica para muchos autores, de ahí que, dada la abundancia de potenciales traductores, la calidad de dichas traducciones no siempre fuera buena, por lo que con frecuencia las versiones de obras extranjeras se resentían. Sin embargo, con la modernización del sector editorial, la presencia de traducciones de calidad en los catálogos se convirtió en una necesidad⁹. Biblioteca Nueva contó con buenos traductores españoles como Julio Gómez de la Serna o Luis López Ballesteros. El primero se encargó de las obras en francés e inglés: Oscar Wilde, Colette, Verlaine, Apollinaire, etc. López Ballesteros vertiría al español las obras de Sigmund Freud. Pero también dispuso Biblioteca Nueva de traductores extranjeros, como Nicolás Tasin, ruso emigrado tras la revolución de 1917 que se encargó de la literatura eslava (cuyas traducciones en nuestro país solían hacerse desde las versiones francesas). Eventualmente, colaboraron con la editorial otros especialistas como Rafael Cansinos-Assens, Andrés González Blanco, Ricardo Baeza, Wenceslao Fernández Flórez, etc.

La producción editorial de Biblioteca Nueva

A lo largo de los años en los que José Ruiz-Castillo dirigió la editorial, la producción de Biblioteca Nueva fue muy diversa, pues precisamente en la variedad estaba su mejor baza. En sus inicios, como ya se ha dicho, Biblioteca Nueva hubo de dedicarse al terreno ensayístico, pues las mejores firmas literarias se hallaban comprometidas con otras empresas; por otra parte, al carecer de las infraestructuras necesarias para producir de forma masiva (en las cifras de la época), se vio obligada a prescindir de los beneficios que proporcionaba la venta de publicaciones más rentables como las ediciones educativas o los manuales profesionales. Tras el éxito de la recopilación de discursos de Antonio Maura, y el posterior lanzamiento de los libros acerca de los partidos republicano y socialista, Ruiz-Castillo dispuso de medios para planificar la publicación de las *Obras Com-*

⁸ Véase: Raquel Sánchez García, "Diversas formas para nuevos públicos", en Jesús A. Martínez Martín (dir.), *Historia de la edición española contemporánea (1836-1936)*, Marcial Pons, Madrid, 2001.

⁹ Acerca de la modernización del sector editorial: J.F. Botrel, *La diffusion du livre en Espagne (1868-1914)*, Casa de Velázquez, Madrid 1988 y *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid 1993; H. Escolar, "Editores madrileños a principios de siglo", Ayuntamiento de Madrid, Aula de Cultura Madrid 1984, "La edición en la época de Juan Ramón Jiménez", *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 408, junio 1984, pp. 75-97; H. Escolar (dir.), *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglos XIX y XX*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid 1996; J. A. Martínez Martín (ed.), *Historia de la edición española contemporánea*, Marcial Pons, Madrid, 2001.

pletas de Amado Nervo en los talleres de Pueyo. El proyecto constó de 29 volúmenes preparados por el hermano del autor, Rodolfo Nervo, con la ayuda del crítico mexicano Alfonso Reyes y las ilustraciones de Fernando Marco. La edición de estas recopilaciones de autores contemporáneos se convirtió en una de las estrategias preferidas por Ruiz-Castillo ya que le permitía tener la exclusiva de un autor (obviamente, según lo estipulado en el contrato con él o con sus herederos), dar prestigio al sello editorial y, por supuesto, disponer de ventas aseguradas a largo plazo. Poco después se centró Ruiz-Castillo en las *Obras Escogidas* de Juan Valera, que en 15 volúmenes fueron apareciendo desde 1925 hasta 1929, con numerosas reediciones. Lo mismo cabe decir de las *Obras Completas* de Gabriel Miró y de la colección 'Nuevas Obras', que reunía las de Azorín.

Uno de los mayores éxitos fue la publicación de las obras de Sigmund Freud, como consecuencia de una recomendación de José Ortega y Gasset. El primer volumen salió a la luz en 1922 y para ello se seleccionó *Psicopatología de la vida cotidiana*, dado el carácter divulgativo de la misma. El acierto de esta decisión es incontestable, dada la trascendencia de los escritos de Freud para la cultura contemporánea. El mismo Ortega redactó el prólogo en el que señalaba lo siguiente: "Han sido, en efecto, las ideas de Freud, la creación más original que en los últimos veinte años ha cruzado el horizonte de la psiquiatría"¹⁰. La traducción corrió a cargo de Luis López Ballesteros, que ya había colaborado con Biblioteca Nueva en diversas ocasiones. Su trabajo resultó fundamental para la buena acogida del libro, pues hasta el mismo Freud llegó a felicitarle por su labor de traslación¹¹. Las obras de Freud tuvieron un éxito inmediato, lo que condujo a Ruiz-Castillo a tratar de acelerar la aparición de los demás volúmenes. Sin embargo, las dificultades para el abastecimiento de papel, uno de los problemas estructurales de la industria editorial española, frenaron la salida al mercado de las siguientes entregas¹². Junto a esta circunstancia, Ruiz-Castillo también se vio obligado a ceder ante las insistencias de López Ballesteros acerca de la necesidad de disponer de más tiempo para que el trabajo de traducción fuese realizado con las suficientes garantías de calidad: "Desde que estuve por última vez en su casa no me ocupó más que de Freud, ni antes tampoco, y le dedico de diez a doce horas diarias, a costa incluso de mi salud", "Se trata de un libro que el mismo Freud califica de intraducible. Está lleno de análisis en que hay que pesar palabra por palabra, buscar equivalencias que a primera vista parecen inhallables. No hay, y lo he com-

¹⁰ S. Freud, *Psicopatología de la vida cotidiana (olvidos, equivocaciones, torpezas, supersticiones y errores)*, Biblioteca Nueva, Madrid 1922, prólogo.

¹¹ Carta de Freud a López Ballesteros, fechada en Viena el 7 de mayo de 1923, en J. Ruiz-Castillo Basala, *El apasionante...*, p. 119.

¹² Biblioteca Nacional, Mss. 22600²²⁹, carta de Cano de Rueda a Ruiz-Castillo, fechada en Segovia el 18 de octubre de 1923. Rufino Cano de Rueda era el dueño de los talleres del "Establecimiento Tipográfico de El Adelantado de Segovia" y conocía a Ruiz-Castillo por la vinculación de ambos al maurismo.

probado buscando ayudas para terminar antes, quien traduzca esto más que yo. Sin inmodestia. Y Freud va saliendo con más rapidez en España que en ningún otro lado. Si de la calidad de mi trabajo no puede usted tener queja, perdone lo que usted cree demasiada lentitud. Yo le aseguro que trabajo más de lo que debería. Sé que esto no le convencerá ante la conveniencia práctica y que preferiría quizá menos calidad con tal de tener la traducción en fecha inmediata”¹³. Pese a todo, la obra salió adelante y recibió los elogios no sólo de Freud, sino de los más interesados en estos temas en nuestro país: Manuel García Morente en la *Revista de Occidente*, José María Sacristán en *España* y César Juarros en el prólogo a *La diosa razón*, de Joaquín Belda¹⁴. Pero no sólo se trató de un éxito cualitativo, sino que la colección de obras de Freud proporcionó a Biblioteca Nueva una fuente de ingresos de primera magnitud, que se ha mantenido a lo largo del tiempo¹⁵. La publicación permitió, además, la divulgación de las doctrinas del médico vienés en España, doctrinas que calaron profundamente en el mundo del arte y de la literatura.

Diversos acontecimientos políticos y sociales se tradujeron, editorialmente hablando, en la publicación de obras o colecciones coyunturales que trataban de satisfacer el interés del público. La preocupación por Marruecos fue uno de estos asuntos. La aparición de libros como los de Juan Guixé en 1922 (*El Rif en sombras*, publicado por Renacimiento) o de Francisco Bastos (*El desastre de Annual*, por Minerva) dieron paso, dentro del movimiento de avanzada y pocos años después, a otro tipo de enfoque como el de *Imán*, de Sender (1930, por Cénit) o *El blocao* de José Díaz Fernández (1928, por Historia Nueva). Biblioteca Nueva trató de responder a las demandas del público con *Ecce homo (las responsabilidades del desastre): prueba documental y aportes inéditos sobre las causas del derrumbamiento y consecuencias de él* (1922), obra de Víctor Ruiz Albéniz, bajo el pseudónimo de El Tebib Arrumi. Esta obra se hallaba lejos de la perspectiva crítica que se iba a imponer posteriormente, pues era una defensa de las acciones del entonces alto comisario en Marruecos, el general Berenguer. Más demanda del público tuvieron aún las obras sobre esoterismo, tema recurrente en los catálogos editoriales desde el siglo XIX, y que tras la crisis espiritual provocada por la Primera Guerra Mundial y el interés despertado por la moda del orientalismo,

¹³ Biblioteca Nacional, Mss. 22601¹⁸¹, carta de López Ballesteros a Ruiz-Castillo, fechada el 20 de febrero de 1924.

¹⁴ *Revista de Occidente*, tomo 1º, 1923, pp. 356-364; *España*, nº 310, pp. 11-13; J. Belda, *La diosa razón*, Madrid s.f., prólogo de César Juarros: “No se trata de una traducción descabalada, funámbula y en ciertos pasajes ininteligible, como es uso en las versiones castellanas de libros técnicos alemanes. Es algo sencillamente admirable, que adquiere todo su valor después de leídas las versiones francesas. López Ballesteros posee las tres cualidades esenciales que explican su éxito: a) sabe alemán; b) sabe castellano; c) ha logrado identificarse con el espíritu de Freud” (p. 13).

¹⁵ J. Ruiz-Castillo Basala, *El apasionante...*, p. 113.

atrajo todavía más la atención de los lectores. Las primeras obras que dio a la luz Manuel Aguilar como editor giraban alrededor precisamente de esta temática. Se trató de la trilogía de Camille Flammarion: *Antes de la muerte*, *Alrededor de la muerte* y *Después de la muerte*. Los beneficios de la venta de estas obras le permitieron lanzarse a otro tipo de publicaciones¹⁶. Ruiz-Castillo también se apuntó a la moda ocultista y preparó la colección 'Biblioteca del Más Allá', a cuyo cuidado puso a Rafael Urbano, experto en estas materias y autor del libro *El diablo (su vida y su poder)*. Urbano prologó los escritos de Madame Blavastky, Paul Gibier, Gurnes, etc. Tras su muerte, Ruiz-Castillo recurrió a Enediel Shaiah, especialista en hinduismo, quien continuó con la colección añadiéndole otros autores. Más trascendencia aún tuvo aún el interés que despertaron los hechos sucedidos en Rusia en 1917 y sus consecuencias posteriores, y en particular la separación del movimiento obrero tras la celebración de la Tercera Internacional. Ruiz-Castillo proyectó la creación de una nueva serie que recogiese el gran debate ideológico que apasionaba a media Europa. La nueva colección llevó por nombre 'Nuevas Doctrinas Sociales', y en ella se publicaron varias obras, siendo una de las más destacadas la de Torralba Becci *Las nuevas sendas del comunismo. 1921: tesis, acuerdos y resoluciones del III Congreso de la Internacional Comunista* (1922). Poco antes había editado *La victoria proletaria y el renegado Kaustky* (1920). Especial cabida tuvieron en la colección las obras de polémica entre los socialdemócratas y los comunistas: *Terrorismo y comunismo*, de Kautsky, *Terrorismo y bolchevismo o anti Kautsky*, de Trostky, *El estado y la revolución* o *La victoria proletaria y el renegado Kautsky*, de Lenin, entre otras. Ruiz-Castillo procuró que en la colección también figurasen libros que analizaran otras tendencias ideológicas, de ahí que incluyera *El sindicalismo*, de Enrico Leone o *El nacional-socialismo alemán*, de Juan de la Luz León.

En 1919, la editorial Espasa había comenzado a editar una serie de libros humorísticos que reunió en la colección 'Los Humoristas', y que supuso todo un éxito. El ejemplo fue rápidamente imitado por otras empresas. Biblioteca Nueva también se unió a estas iniciativas mediante la colección 'Grandes Novelas Humorísticas' en la que, influido por Ramón Gómez de la Serna, Ruiz-Castillo se decantó por los jóvenes talentos nacionales. 'Grandes Novelas Humorísticas' contenía únicamente a escritores españoles que, o se habían insertado en la senda del humorismo, o habían escrito alguna obra en esta línea. Gómez de la Serna, muy conocedor de las vanguardias y él mismo aficionado y autor de libros cómicos, se encargó de buscar o aconsejar a Ruiz-Castillo a la hora de seleccionar a los autores. Muchos de estos jóvenes escritores habían sido compañeros de Gómez de la Serna en el programa cómico que éste dirigía en Unión Radio. Además, habían colaborado con frecuencia en revistas cómicas de la época como *Buen Humor* o *Gutiérrez*. Algunos, como Santiago Rusiñol (autor de *La niña gorda*, 1929) pro-

¹⁶ Manuel Aguilar, *Una experiencia editorial...*, p. 628.

cedían de otros ambientes artísticos. Otros, como Antoniorrobles, pseudónimo de Antonio Robles, (autor de *Torerito soberbio*, 1932), compaginaban el humor con otros géneros, e incluso con la ilustración. Aparte de estos dos autores, publicaron sus obras en la mencionada colección Joaquín Belda (*Se ha partido la cabeza*, 1929), Samuel Ros (*El ventrílocuo y la muda*, 1930), Edgard Neville (*Don Clorato de Potasa*), Juan José Domenchina (*La túnica de Neso*, 1929), Fernando Meana Medina, bajo el seudónimo de Tirso Medina (*Mis dos mitades*, 1929), Manuel Abril (*La salvación, sociedad de seguros del alma*, 1931), Juan Pérez Zúñiga (*Viajes morrocotudos: en busca del 'Trifinus melancolicus'*). Uno de los mayores aciertos de la colección fue la incorporación a la misma de Enrique Jardiel Poncela, quien publicó sus cuatro únicas novelas en dicha serie: *Amor se escribe sin hache* (1929), *¡Espérame en Siberia, vida mía!* (1929), *Pero...¿hubo alguna vez once mil vírgenes?* (1931) y *La tournée de Dios* (1932). Las novelas de Jardiel tuvieron varias ediciones, pues fueron muy bien acogidas por el público ante el carácter novedoso de su forma de entender del humor.

Ruiz-Castillo mostró un gran interés por dar a conocer en España a los autores extranjeros más destacados. Esta tendencia fue más notoria una vez que la editorial hubo logrado una cierta estabilidad económica, es decir, en los años veinte. El disponer de recursos más sólidos le permitía a Ruiz-Castillo atreverse a lanzar a autores poco conocidos y a pagar por su traducción a los especialistas más solventes. Más adelante, durante la Segunda República, Ruiz-Castillo apostaría con más fuerza por los valores españoles que despuntaban en aquella época de especial vitalidad cultural. Para poder publicar una amplia gama de autores foráneos, Ruiz-Castillo recurrió a multitud de traductores, sobre los cuales ya se ha hablado con anterioridad. No hubo una preferencia particular por ninguna literatura nacional (aunque predominaron los escritores franceses), sino que se optó sobre todo por la actualidad, aunque, por supuesto, se publicaron también obras de autores clásicos. Formaron parte del catálogo de Biblioteca Nueva novelistas y creadores teatrales como Eça de Queiroz (de quien se publicaron sus *Obras Completas*, traducidas por Andrés González Blanco), Arthur Schnitzler, Henri de Montherlant, Jules Romains, Henri de Regnier, Giovanni Papini, Thomas Hardy, Knut Hansum, Oscar Wilde, Pirandello, Leonid Nikolaevich Andreev, Barbey d'Aureville, Verlaine, Baudelaire, Henry Sienkiewicz, etc. A muchos de ellos se les publicaría por primera y última vez, a pesar de la aceptación del público, pues después de la Guerra Civil a Ruiz-Castillo le fue bastante complicado obtener autorización para reeditarlos, pues sólo Chesterton y Mark Twain fueron permitidos, de tal forma que el catálogo de la editorial se resintió considerablemente, perdiendo calidad.

Con la llegada de la República, se puso de manifiesto la existencia de un público militante y concienciado políticamente que desde finales de la dictadura de Primo de Rivera había sido atendido por las editoriales de avanzada. Las empresas más comerciales trataron de acercarse a estos lectores publicando colecciones

de marcado carácter político y social. Biblioteca Nueva también entró en esta dinámica mediante la reedición de varios libros de su colección 'Nuevas Doctrinas Sociales', aparecida en los años veinte. Junto a esto, dio salida a publicaciones coyunturales como la *Historia política de la Iª República española* y *Niceto Alcalá Zamora: vida íntima y política de un jefe de estado*, ambas de Eduardo del Portillo y Carlos Primelles (1932), o *Gloriosa vida y desdichada muerte de don Rafael del Riego (un crimen de los Borbones)*, de Carmen de Burgos (1931). En 1935 Ruiz-Castillo tenía planeadas dos nuevas colecciones que se hallaba preparando con la ayuda de Genaro Estrada, antiguo embajador de México en España y muy amigo del editor. Una de ellas estaba dedicada a la literatura americana y llevaba por título 'La nueva literatura de América'. Su objetivo era dar a conocer los nuevos valores que estaban surgiendo en América, tanto en España como en el continente, pues pensaba emprender una importante campaña de distribución para que los ejemplares llegasen a todos los países. Los primeros lanzamientos se iban a hacer en nuestro país y en México, para calibrar la recepción de la colección y emprender, a la luz de la experiencia, planes más ambiciosos. La otra colección iba a ser una serie sobre 'Divulgación psicológica', coordinada, por lo que respecta a los autores americanos, por Genaro Estrada¹⁷. De este modo, Ruiz-Castillo renovaba su ya antiguo interés por el nuevo continente. El estallido de la Guerra Civil paralizó todos estos proyectos.

Relaciones con los autores

Como ya se dijo anteriormente, Ruiz-Castillo había colaborado en diversas revistas y allí había dispuesto de la oportunidad de conocer a muchos escritores a los que después publicaría. Con algunos de ellos su trato fue amistoso, lo que facilitó las relaciones más puramente comerciales. A otros autores los fue conociendo posteriormente por su propia iniciativa o por mediación de escritores amigos, y en particular a través de Ramón Gómez de la Serna. Su relación con este autor fue especialmente estrecha. Habían trabado amistad por medio de Luis Ruiz Contreras, negociando la publicación de las *Páginas escogidas e inéditas de Silverio Lanza*, a quien Gómez de la Serna quería dar a conocer al público, a pesar de las reticencias de Ruiz Contreras. Poco después, en 1918, Biblioteca Nueva editó el *Muestrario* de Gómez de la Serna. La relación entre Ruiz-Castillo y Ramón se estrechó en estos años cuando ambos asistían a la tertulia del Café de la Montaña. Compartían con José Ortega y Gasset una gran afición al cine que se desvaneció con la aparición del cine sonoro. Más adelante, la finca de Ruiz-Castillo en La Granja, la Huerta del Venado, se convertiría en lugar muy frecuen-

¹⁷ Biblioteca Nacional, Mss. 22600³⁷³, borradores de cartas de Ruiz-Castillo a Genaro Estrada, fechados en Madrid el 3 de julio de 1935 y el 14 de octubre de 1935.

tado por el escritor¹⁸. Por recomendación de su hermano Ramón, Julio Gómez de la Serna se convirtió en colaborador habitual de la editorial traduciendo a la mayoría de los autores franceses e ingleses.

Por lo que respecta a cuestiones más puramente comerciales, hay que señalar que los contratos que establecía Ruiz-Castillo con los autores a los que publicaba solían repetir el mismo esquema ya ensayado en la editorial Renacimiento. El autor recibía el 15% del precio del libro en concepto de derechos de autor. El contrato establecía la tirada de la edición y dejaba al autor la opción de seguir tirando ediciones con Biblioteca Nueva si la primera se agotaba. El editor debía enviar semestralmente al autor un informe del estado de las ventas y la liquidación que le correspondiera. En función de la rentabilidad del autor, el pago de las liquidaciones se podía hacer mediante una mensualidad, forma que evitaba preocupaciones económicas a los escritores. Sin embargo, esto sólo era posible en el caso de los más rentables, como Enrique Jardiel Poncela, a quien Ruiz-Castillo empezó a publicar a partir de 1928. El éxito popular de sus novelas humorísticas le permitieron ganar lo suficiente como para que el editor le pasara pagos mensuales. Las tiradas de sus obras oscilaban entre 3.000 y 5.000 ejemplares y todas sus novelas conocieron varias ediciones¹⁹. Durante el año 1932, Jardiel recibía mensualidades de 300 pesetas, aunque dada su despreocupación por las cuestiones monetarias, y ante sus, en ocasiones, fracasados montajes teatrales, con frecuencia se veía obligado a pedir adelantos sobre sus derechos de autor²⁰. No fue habitual, a la luz de los documentos, que Ruiz-Castillo interfiriese excesivamente en las tareas de sus autores, aunque, desde luego, lo hiciese en algunos casos. De ahí que señalemos su insistencia ante Gabriel Miró para que éste redujese al número de páginas de *El obispo leproso*. Miró era uno de los autores fijos de Biblioteca Nueva y, pese a que comercialmente no resultaba muy rentable, Ruiz Castillo mantenía sus obras en el catálogo por el prestigio que le otorgaban y por preferencias personales hacia la literatura del escritor levantino²¹. La indignación de Gabriel Miró ante la sugerencia de su editor le llevó incluso a destruir las páginas no incluidas: “El editor juzgó demasiado larga la novela según criterios económicos. (Había para dos volúmenes. ¿Y qué?). El autor, muy dolido, no sólo suprimió

¹⁸ Véase a este respecto el libro de memorias de José Ruiz-Castillo Basala, *El apasionante mundo del libro*.

¹⁹ Biblioteca Nueva, Mss. 22601¹⁵³, liquidaciones de Jardiel Poncela con Biblioteca Nueva.

²⁰ Acerca de la relación entre ambos: Raquel Sánchez García “Enrique Jardiel Poncela y su editor José Ruiz-Castillo”, en *Pliegos de Bibliofilia*, nº 15 (2001), pp. 3-18.

²¹ “Gabriel Miró tenía pocos lectores. Su editor, José Ruiz-Castillo -ese hombre frío, engañoso bajo su apariencia de gentleman, que también se las daba de exquisito- decía a todo el mundo que las obras de Miró le costaban dinero, pero que se sacrificaba por la admiración que por él sentía”, R. Cansinos Assens, *La novela de un literato (1923-1936)*, Alianza Tres, Madrid 1996, p. 247.

las páginas sobrantes, entre ellas las del entierro. Materialmente fueron destruidas. Miró me lo contó más tarde con rabia”²².

Ruiz-Castillo en la Cámara Oficial del Libro de Madrid

La Cámara Oficial del Libro de Madrid tuvo su origen en la Asociación de la Librería de España, creada en 1901. En 1917 se transformó en la Federación Española de Productores, Comerciantes y Amigos del Libro, que en 1923 fue oficializada como Cámara Oficial del Libro de Madrid, al igual que sucedió con la institución paralela existente en Barcelona²³. Ruiz-Castillo había pertenecido a esta asociación profesional desde los años veinte y participó activamente en la pugna entre libreros y editores que se dirimió durante el periodo de modernización del sector. En 1930 la Cámara convocó elecciones para renovar la Junta Directiva. A estas elecciones se presentó Ruiz-Castillo en una candidatura a la que también se adscribieron Julián del Amo, Manuel Aguilar y Pedro Pueyo. Resultó vencedora esta candidatura y sus miembros fueron nombrados vocales de la Cámara. Poco después, Ruiz-Castillo accedió a la presidencia, Manuel Aguilar a la vicepresidencia primera, Basilio Rodríguez a la vicepresidencia segunda, Juan Ortiz Such fue nombrado tesorero y Julián del Amo, contador. En las elecciones de 1932, Ruiz-Castillo resultó reelegido. Durante el periodo de su gestión, dio un considerable impulso a la celebración de las primeras ferias del libro, que ampliaban la Fiesta del Libro (Día del Libro, posteriormente) instituida en 1926. Con las ferias del libro se pretendía dar más cabida al papel del editor en la difusión del libro, pues el objetivo era exponer las últimas publicaciones de las editoriales. Por otra parte, se pretendía que el lector se enfrentase al libro de forma diferente, pues la feria permitía el paseo de los posibles compradores, la consulta de los ejemplares y el trato con los autores que a las ferias acudían. Desde el punto de vista de Ruiz-Castillo, la celebración tenía unas connotaciones sociales muy claras: “El libro no es ya un artículo de selección; los tiempos lo han democratizado, y hoy se yergue ante las multitudes para recoger sus anhelos y derramar sobre ellas los beneficios de la lectura”²⁴. La Primera Feria del Libro se celebró entre los días 23 y 26 de abril de 1933 y contó con una importante representación oficial, pues a

²² Jorge Guillén, *En torno a Gabriel Miró. Breve epistolario*, Ediciones de Arte y Bibliofilia, Madrid 1969, pp. 82-83.

²³ Véase: Ana Martínez Rus y Raquel Sánchez García: “Orígenes y desarrollo de la Cámara Oficial del Libro de Madrid”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo XLI (2001), pp. 315-345. Igualmente, Jesús A. Martínez, Ana Martínez Rus y Raquel Sánchez García: *Los patronos del libro*, Trea, Gijón, 2004.

²⁴ *El Sol*, 25 de abril de 1933 y *Bibliografía General. Boletín de la Cámara Oficiales del Libro*, nº 4, abril de 1933.

ella acudieron tanto Pedro Rico, alcalde de Madrid, como Niceto Alcalá Zamora, jefe del Estado, o Fernando de los Ríos, ministro de Instrucción Pública²⁵.

La Segunda Feria comenzó el 6 de mayo de 1934 y finalizó el 16 del mismo mes. Tanto en su preparación como en su celebración se agudizaron las tensiones entre libreros y editores, tensiones que llegaron a tal grado que Ruiz-Castillo presentó la dimisión de su cargo, aunque no le fue aceptada. Los libreros se negaban a que los editores vendiesen sus libros directamente al público. Se alcanzó un acuerdo por el cual se establecía un descuento del 10% para el público, la obligatoriedad para los editores de sufragar los gastos de instalación de la feria con un 30% de los beneficios y para los libreros con un 10% de sus beneficios. Pese al acuerdo que permitió celebrar la feria, los enfrentamientos resurgieron de nuevo tras su clausura. La desconfianza hacia Ruiz-Castillo y Aguilar por parte de la sección de libreros condujo al presidente y al vicepresidente a presentar la dimisión, esta vez con carácter irrevocable. En el caso de Ruiz-Castillo entraron en consideración también sus problemas de salud²⁶. Sin embargo, siguió vinculado a los avatares corporativos y profesionales colaborando con la Agrupación de Editores Españoles, que había sido creada en julio de 1934 bajo las iniciativas de Rafael Giménez Siles. La asociación había nacido como institución privada, formada sólo por editores, con el objetivo de difundir la afición a los libros entre el público y, por ende, ampliar el número de potenciales compradores. Desde allí, Ruiz-Castillo participó en el comité organizador de la Tercera Feria del Libro, que iba a tener lugar entre los días 5 y 23 de mayo de 1935. Una de las novedades más destacadas de esta feria fueron los camiones-librería, ideados por Arturo Ruiz-Castillo, hijo de nuestro editor. Se trataba de unos camiones dispuestos a modo de mostradores de libros que iban a llevar el espíritu de la feria a los pueblos de España, y que además ofrecían proyecciones cinematográficas. Partiendo de las capitales de provincia, los camiones comenzarían su periplo tras el discurso de algún destacado escritor. Al final de su ruta, tenían que redactar un informe acerca de sus ventas y de los intereses del público en cada zona²⁷. La última feria antes de la Guerra Civil se celebró en 1936 y fue la única de carácter oficial y organizada sólo por los libreros, los cuales, enfrentados en la Cámara a los editores, habían tomado el control de la misma en las elecciones de junio de 1935.

²⁵ Véase F. Cendán Pazos: *La Feria Nacional del Libro: apuntes para su historia*, I.N.L.E., Madrid 1960 e *Historia de la Feria Nacional del Libro (1933-1986)*, Madrid 1987, e igualmente la tesis doctoral de Ana Martínez Rus acerca de *La política del libro en la Segunda República*. Agradezco a Ana Martínez Rus la consulta de su tesis.

²⁶ Biblioteca Nacional, Mss. 22600¹²⁰, carta de José Ruiz-Castillo a Azorín, fechada en Madrid el 13 de julio de 1934.

²⁷ "Los libros en los pueblos. El camión de la Agrupación de Editores Españoles a través de España", G. de Torre, M. Pérez Ferrero, E. Salazar Chapela, *Almanaque literario*, Editorial Plutarco, Madrid 1935.

Independientemente de su participación en la organización de las ferias del libro, Ruiz-Castillo promovió otras iniciativas desde su cargo en la Cámara del Libro. Participó en reuniones internacionales como el X Congreso Internacional de Editores, que tuvo lugar en Bruselas en junio de 1933; repitió los contactos con la Cámara Oficial del Libro de Barcelona con objeto de aunar esfuerzos y plantear los grandes problemas del sector ante las instituciones: la reforma de la ley de propiedad intelectual de 1879, la firma de convenios con los países americanos, el bloqueo de divisas en América o la gestión de los préstamos necesarios para la publicación del *Catálogo General de la Librería Española e Hispanoamericana*²⁸. Su interés por la expansión del libro español en América se plasmó en la organización de la Exposición del Libro Español de Buenos Aires, para lo cual trató con diversos organismos estatales con objeto de conseguir respaldos económicos e institucionales. Dentro de esta preocupación por el mercado americano, se entrevistó con los ministros de Estado, Luis de Zulueta, e Instrucción Pública, Fernando de los Ríos, para que fomentasen la presencia cultural española en el continente mediante la creación de bibliotecas y centros culturales. Los recursos de la República no daban para grandes alardes, por lo que poco pudo hacerse en este sentido. Con el ministro liberal-demócrata Joaquín Dualde logró Ruiz-Castillo un mayor entendimiento, pues el ministro estaba interesado en la instalación de depósitos de libros en América para que el mercado no quedase nunca desabastecido. Sin embargo, tales iniciativas chocaron con las pretensiones monopolísticas de Calpe, que controlaba la distribución de libros españoles en América²⁹.

Biblioteca Nueva durante la Guerra Civil

Cuando estalló la guerra, Ruiz-Castillo se encontraba con parte de su familia en La Granja (Segovia), de ahí que pudiera pasar con facilidad a Valladolid huyendo de la zona republicana. Como se ha dicho más arriba, Ruiz-Castillo había sido un fiel admirador de Antonio Maura y su ideología política tendía a planteamientos conservadores. Aunque había tratado con importantes personajes del republicanismo (y de hecho, había sido presidente de la Cámara del Libro de Madrid durante la República), aborrecía lo que él consideraba excesos revolucionarios. Sus simpatías habrían de estar, por tanto, con aquéllos que se levantaron

²⁸ *Bibliografía General. Boletín de las Cámaras Oficiales del Libro*, nº 2, febrero de 1934.

²⁹ Biblioteca Nacional, Mss. 22600³⁷³, borrador de la carta de Ruiz-Castillo a Genaro Estrada, fechado en Madrid a 14 de octubre de 1935. Con objeto de facilitar la circulación de los libros españoles en América, se habían creado dos organismos: el Sindicato Exportador del Libro Español (S.E.L.E.), por parte de los editores madrileños, y el Consorcio Nacional de Editores Exportadores, de la Cámara de Barcelona. Por otra parte, el 27 de abril de 1935 se fundó el Instituto del Libro Español (I.L.E.), cuya función iba a ser la de centralizar y organizar la distribución de los libros procedentes de España en el nuevo continente.

contra el gobierno legítimo. En una carta al escritor José María Salaverría, escribió unas palabras muy elocuentes acerca de su postura: “Ansío poder poner mi grano de arena al Movimiento salvador de nuestro país y, como lo único que puedo hacer son libros, estoy preparando una pequeña colección de ellos dedicados a distintos aspectos de dicho Movimiento, teniendo la suerte de contar ya con valiosos ofrecimientos de imprentas y autores para realizar mis propósitos”³⁰. Comenzó a trabajar con Editorial Santarén (Valladolid) y con Ediciones Luz (Zaragoza), que eran dos de las pocas empresas editoriales con estructuras importantes que habían quedado en la zona sublevada. Las primeras obras publicadas por Ruiz-Castillo en estas circunstancias excepcionales aparecieron con el pie de Editorial Reconquista, pues Biblioteca Nueva como tal quedó en Madrid, al cuidado de dos de los hijos de Ruiz-Castillo, aunque, poco después, también aparecieron con el pie de Biblioteca Nueva obras publicadas en Valladolid y en Zaragoza, entre ellas *Aire, tierra y mar. Los episodios más gloriosos de la gesta española* de García Mercadal, *Felipe II, rey de España y monarca del universo* de Mariano Tomás, o *Crónicas de antes y después del diluvio* de José María Pemán. Amparados por Editorial Reconquista aparecieron los libros de Concha Espina *Esclavitud y libertad, diario de una prisionera*, de Manuel Machado *Horas de oro. Devocionario poético* y de Pío Baroja *Comunistas, judíos, farsantes y demás ralea*. Esta última publicación fue, al parecer, idea del propio Ruiz-Castillo, quien, ante las amenazas que estaba sufriendo el escritor, decidió encargar a Ernesto Giménez Caballero la tarea de confeccionar una recopilación de artículos y otros textos de Baroja que “limpiasen” su imagen delante de los sublevados, presentándolo como un precursor del fascismo³¹. El libro resultante no fue precisamente del gusto del autor, como su propio sobrino recordaba: “En esta coyuntura política, ponerse a editar en Valladolid era tener un valor considerable. Pero Ruiz-Castillo buscó algún apoyo y de ese apoyo salió la idea de que podía publicar un libro con textos tomados de la sobras de mi tío, con cierto significado doctrinal y político. El que tuvo tal ocurrencia fue el mismo Giménez Caballero. Mi tío estaba fuera de España y yo tuve que ponerme en relación con él para pedirle permiso. En realidad, se me había hablado de una antología y yo creía que sería literaria en esencia, aunque con trozos que excitaran el patriotismo, de *El escuadrón del Brigante* y otras novelas similares. Pero el que hizo la selección, que no sé a ciencia cierta quién fue, escogió todo cuanto mi tío había escrito de desagradable acerca de los judíos, de los comunistas, de los masones y de otras gentes que entonces eran vituperadas y execradas. Y así salió con un título prometedor y un prólogo doctrinal de Giménez Caballero mismo, en el que Baroja aparecía como precursor del fascismo. Este libro corrió mucho y produjo muy mal efecto. Desde la guerra del 14 en que

³⁰ Biblioteca Nacional, Mss. 22602¹²⁴, carta a José María Salaverría fechada en Valladolid el 18 de noviembre de 1937.

³¹ J. M^o Martínez Cachero, *La novela española entre 1936 y 1980. Historia de una aventura*, Castalia, Madrid 1986, p. 78.

mi tío había sido germanófilo, grandes sectores de la izquierda estaban deseosos de cargarle la nota de hombre sin fe, con intenciones segundas, terceras y cuartas”³².

La trayectoria de Biblioteca Nueva en el Madrid en guerra se enmarca en la gran actividad que conoció la ciudad. Evidentemente, las editoriales no pudieron publicar muchas novedades, pues ni se disponía de suficiente papel ni de bastantes capitales para embarcarse en proyectos nuevos. Sin embargo, sí fue muy importante la difusión de los libros, pues por un lado, las prensas de sindicatos y partidos editaron gran cantidad de material propagandístico, y por otro, la situación bélica llevó a la gente a demandar lecturas que procedían de editoriales confiscadas o desaparecidas y que se vendían a muy bajo precio. Muchas de las empresas habían sido incautadas por sus propios trabajadores al ser abandonadas por los dueños o al no acceder los propietarios a las demandas colectivistas de los empleados (como le sucedió a Manuel Aguilar). Miguel y Arturo Ruiz-Castillo permanecieron en Madrid dirigiendo las riendas de la empresa fundada por su padre. Durante la República, Arturo Ruiz-Castillo había mantenido contactos con los dueños de la editorial comunista Ediciones Oriente, para los que había ilustrado diversas portadas, por lo que, dados sus contactos, su situación era algo más favorable que la de otros editores. Lograron sostener la editorial mediante la publicación de obras clásicas y de textos circunstanciales, predominando la reedición de libros de Gabriel Miró, Eça de Queiroz o de Juan Valera.

Biblioteca Nueva ante el franquismo

Finalizada la guerra, Ruiz-Castillo regresó a Madrid para reemprender el trabajo en la capital. Sus primeros proyectos tenían como meta congraciarse con el nuevo régimen mediante la publicación de colecciones apologéticas. Se trataba de unir la pasada grandeza imperial con la nueva España de Franco; la denominación de estas colecciones es muy explícita: ‘Vidas de Santos Españoles’, ‘La España Imperial’ o ‘Españoles Famosos’. Ruiz-Castillo había planificado que las obras fueran biografías de personajes famosos de la historia de España (reyes, conquistadores, religiosos y algunos escritores) y narraciones de hechos bélicos o épicos. El pago iba a consistir en 2.000 pesetas en concepto de derechos de autor pagaderos cuando apareciera la obra. La mayoría de los autores que participaron en la redacción de los volúmenes que formaban parte de estas colecciones fueron personas vinculadas a la Iglesia, nobles o entusiastas del régimen franquista. La calidad literaria y el rigor histórico no siempre aparecían reunidos entre esta nómina de colaboradores. Una vez más, Ruiz-Castillo se planteó la posibilidad de dedicar

³² J. Caro Baroja, *Los Baroja. Memorias familiares*, Círculo de Lectores, Barcelona 1986, p. 321.

especial atención al mercado americano, sin embargo, chocó con el obstáculo que atenazaba las iniciativas de todos los editores españoles: la carencia de papel, que impedía publicar lo que se deseaba y que además obligaba a subir los precios de los libros para que éstos fueran rentables. Ante esta situación, los editores españoles no podían competir en América, evidentemente. Y si a esto se le une la estructuración de un sector editorial propio en los países americanos, nos encontramos con que las empresas españolas se estaban quedando cada vez con menos posibilidades de expansión. Algunos empresarios habían proyectado establecer sucursales en América; otros, como es el caso de Ruiz-Castillo con la casa Losada, recibieron el ofrecimiento de algunas editoriales suramericanas para publicar en América las obras que les fueran cedidas³³.

A pesar de los gestos para granjearse a los dirigentes del nuevo régimen, Ruiz-Castillo tuvo numerosas dificultades para publicar determinadas obras. Los primeros problemas aparecieron cuando solicitó el permiso para dar a las prensas las *Obras Completas* de Pío Baroja: las instancias presentadas en 1942 fueron rechazadas en su totalidad³⁴. La censura mutiló de tal manera los libros de Baroja que el escritor propuso a su editor: "El lector mío puede que se sintiera burlado y creyera que le habían dado un cambiazo. Hay que pensar en ello. Yo creo que lo mejor es suspender la preparación de las obras completas y esperar. Yo le devolveré las mil pesetas del primer recibo y si tengo que cobrar más, cobraré más tarde. También se podría hacer publicar las Obras Escogidas y entonces suprimir toda la parte agria que yo he escrito. Quizá fuera lo mejor. Usted verá"³⁵. Semejantes problemas con la censura se plantearon en el proyecto que habían elaborado conjuntamente Ruiz-Castillo y Joaquín Entrambasaguas para publicar una colección de antologías de la literatura española. Inicialmente, se había previsto que apareciera como primer tomo una recopilación de textos de prosistas contemporáneos que sirviera de señuelo para el resto. Sin embargo, los primeros sondeos de Entrambasaguas no prometían muchas esperanzas: "...pues me han dicho, por partes distintas y muy autorizadas, ya que han sufrido las consecuencias directamente, que hay un buen número de autores de los que está terminantemente prohibido publicar ni el nombre y sería triste gracia hacer el trabajo y luego nos lo echaran abajo Beneyto u otra persona menos comprensible aún que, por azar, le

³³ Biblioteca Nueva, Mss. 22601³²⁸, borrador de la carta de Ruiz-Castillo a Javier Morata, fechado el 11 de julio de 1940.

³⁴ Biblioteca Nacional, Mss. 22600¹⁵⁰, comunicaciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, F.E.T. J.O.N.S., Delegación Nacional de Propaganda, Sección Censura (septiembre de 1942, resolución de instancias de julio de 1942). Las peticiones se repitieron a la muerte de Ruiz-Castillo, padre, a cargo de Miguel Ruiz-Castillo. En 1946 se consiguieron los primeros permisos, pero todavía en 1951 los 2000 ejemplares de *El árbol de la ciencia* quedaron paralizados porque el Ministerio de Información denegó la autorización para la venta.

³⁵ Biblioteca Nacional, Mss. 22600¹²¹, carta de Baroja a Ruiz-Castillo fechada en Madrid el 24 de marzo de 1942.

sustituyera”, “He tanteado el ambiente respecto de algunos nombres que Ud. y yo creíamos susceptibles de protesta y las personas consultadas, indirectamente, han reaccionado de modo tan violento y desapoderado que no veo nada bueno en perspectiva. Y conste que entre éstas hay gentes tan doctas y comprensivas como don Miguel Artigas, Díaz-Plaja, y otras varias que a tal fin serán de los que han de opinar públicamente de nuestro trabajo”³⁶. Estas dificultades, unidas a las ya comentadas anteriormente, agravaron las enfermedades de José Ruiz-Castillo, quien murió en 1945. Con su muerte desapareció una forma de entender la edición y el trato con el libro y sus creadores.

La empresa pasó a ser dirigida por los hijos de nuestro protagonista. Según nos cuenta uno de ellos en sus memorias, los hermanos se organizaron el trabajo de la siguiente forma: Miguel se ocupó del trato con los autores y de los asuntos económicos; José de la tipografía y de las negociaciones con clientes y proveedores; y Arturo de las cuestiones artísticas y de imagen de la editorial³⁷. En un principio trataron de completar los proyectos que su padre había dejado sin terminar. Sin embargo, los problemas de la industria editorial española (el abastecimiento del papel, la censura, la dificultad de comercialización, etc.) persistieron aún durante varios años, por lo que los últimos proyectos de Ruiz-Castillo (las obras completas de los Machado, de Gómez de la Serna y de Unamuno) salieron a las librerías con más lentitud de la deseada.

³⁶ Biblioteca Nacional, Mss. 22600³⁵⁸, carta de Joaquín Entrambasaguas a Ruiz-Castillo fechada en Santander el 14 de agosto de 1939. Miguel Artigas, director de la Biblioteca Nacional, había colaborado con Ruiz-Castillo en la fracasada colección ‘Tesoro’ que el editor había lanzado en 1934. Se trataba de publicar en edición facsímil clásicos de la literatura española. Sólo salieron a la luz tres títulos: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, *Los libros de la Madre Teresa de Jesús* y *La Circe con otras rimas y prosas*, de Lope de Vega.

³⁷ J. Ruiz-Castillo Basala, *El apasionante...*, p. 233.